

La conciencia del destino: Cioran y España



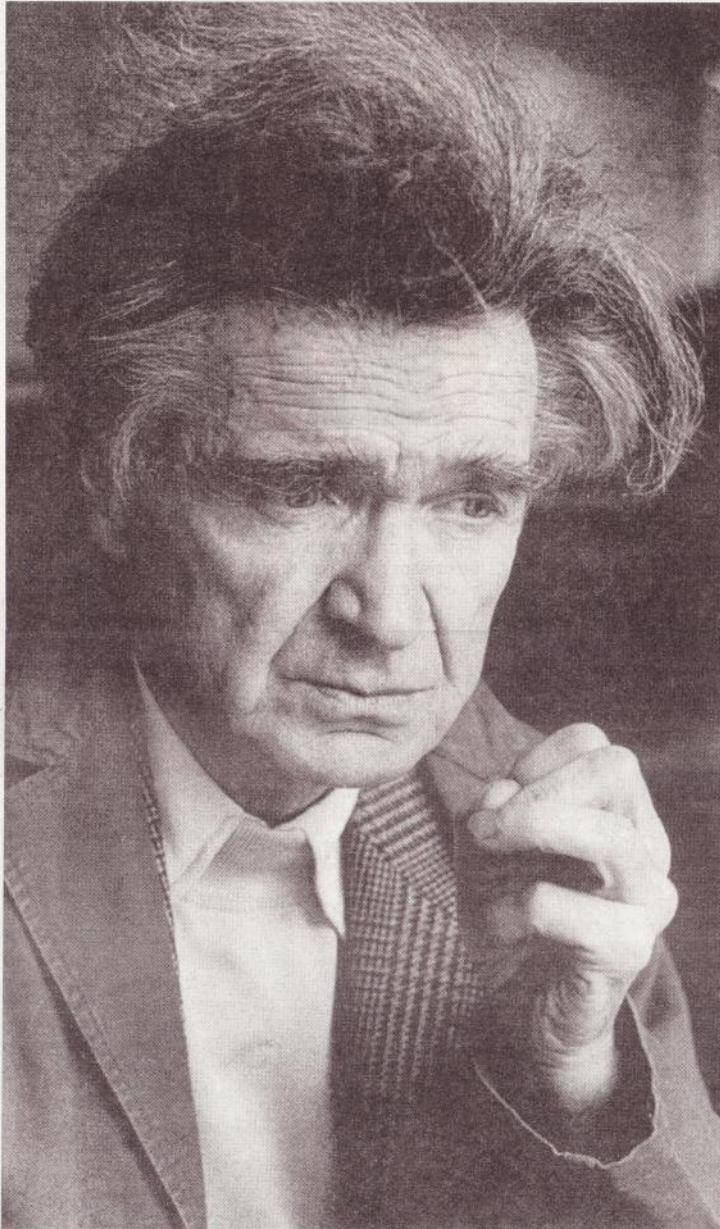
PABLO JAVIER PÉREZ LÓPEZ

Fue en Valladolid, donde según escribe el más conocido de los pesimistas lúcidos, Emile Cioran (Rășinari, 8 de abril de 1911-París, 20 de junio de 1995), se le reveló la esencia del pueblo español como un pueblo consciente de su decadencia y por tanto enfrentado a su destino. Confiesa: «Fue en Valladolid, en la Casa de Cervantes. Una vieja de apariencia vulgar, contemplaba el retrato de Felipe III; 'Un loco', le dije. Ella se volvió hacia mí: «Con él comenzó nuestra decadencia». Estaba en el corazón del problema: «¡Nuestra decadencia!».

El amor de Cioran, pesimista, fatalista lúcido, rumano a regañadientes, por España, es, sin duda un elemento importante y persistente en su obra. De hecho, según él mismo confiesa, el primer destino que él deseaba era España, lugar para el que solicitó una beca que la Guerra Civil truncó. Su amor por Unamuno, Santa Teresa, Don Quijote, Ortega, a cuyas clases quería acudir antes de la guerra, era profundo. Este hecho, nuevamente fatal de lo histórico, le convertiría en francés de adopción lingüística. «Quizá sin la guerra, me habría convertido en un español y habría vivido el resto de mi vida en España», dejó dicho.

Sin embargo, antes de la guerra, como él mismo cuenta, si visitó España, una España, mítica y simbólica que siempre quedó en su memoria: «...mi única satisfacción antes de la guerra, fue ver España. Tengo ese viaje por el más impresionante y el más bello de mi vida. Era la España anterior al turismo. El viaje duró tres semanas, viajaba en condiciones deplorables, pero estaba absolutamente encantado...».

Su amor por España se basa en el hecho de la conciencia de la decadencia, por ser nuestro país el primero en Occidente en tomar conciencia del fatalismo: «España fue el primer gran país que salió de la historia», escribe. Siempre admiró el pensador rumano «el desmesurado sueño histórico de los españoles, el orgullo acompañado de ironía» y la manera en que los españoles «practican fanáticamente la burla».



Emile Cioran. :: EL NORTE

Cioran sitúa varias anécdotas profundamente simbólicas en nuestro país que le impactaron de forma intensa. Entre ellas la de una niña que recitaba poemas en un tren y le tiró a sus pies unas monedas que le había ofrecido. Cioran persiste en la idea de que en España sobrevive, sobrevivía «el pueblo llano», una suerte de sabiduría popular,

trágica, a la manera quijotesca, que hacía del pueblo español un pueblo donde la sabiduría no estaba en los grandes filósofos académicos sino en los campesinos y las gentes humildes, con los que Cioran conversaba siempre.

Otro de esos momentos de verdad y emoción transcurre en Santander: «En las montañas de Santander, una aldea

bitual de los países europeos y específicamente del país que lo acogió, la obsesión y la presencia constante del dolor del alma española, del problema de España encarnado en todos nuestros grandes autores, embargan a nuestro autor: «Me atrae el aspecto no europeo de España, esa especie de melancolía permanente, de nostalgia en realidad, la nostalgia como saber, la ciencia de la añoranza». Una melancolía, que parece, según él, estar en todo lo español, y que Cioran apreció especialmente en los místicos españoles, y muy especialmente en Santa Teresa y que podría resumirse bien en aquello que María Zambrano (que fue amiga y conversadora habitual del rumano en París hasta el punto de influirle en la escritura de su libro sobre la Utopía) cuando ésta afirmaba de la nostalgia que era una manera de conocimiento porque nos dejaba de las cosas lo que verdaderamente son.

A Cioran le gustaba España por su locura imprevisible: «Me gusta de España la locura, la locura de los hombres. Lo imprevisible. Entrás en un restaurante. El tipo viene a hablar contigo. Es el mundo de Don Quijote». Una locura que él también sintió. La locura de existir y tener alma y sufrir lo inevitable.

Cioran admira en España la aceptación prematura de su destino: «Lo que me llama mucho la atención es que un pueblo tan extraordinario como el español sienta hasta ese punto la conciencia de su decadencia... los pueblos que no han dejado escapar su destino siempre me han atraído prodigiosamente». Y lo admira porque al provenir de Rumanía, «el pueblo más fatalista del mundo», según sus propias palabras, sabe bien el significado de padecer la historia: «Yo procedo de Rumanía, circunstancia importante para la comprensión de la historia. Procedo de un país en el que no haces historia, sino que la padeces, simplemente, en el que eres, por tanto, objeto y no sujeto de la historia». La ausencia de sentido de la historia, esa «dimensión patética de la historia», eso que Cioran definió como «hombre sujeto al tiempo», traspasa toda la obra del pensador rumano.

Cioran que se convirtió en un ejemplo de la corrección del francés escrito hubiera deseado en cambio escribir y hablar el castellano, idioma que consideraba sonar más fuerte, disfrutaba siempre regalando sus libros en nuestra lengua. «Yo estoy en realidad hecho para España, para la lengua española». Cioran, que viajó en bicicleta por España junto a su mujer Simone presentándose como Don Quijote y Sancho, que en las noches de insomnio y crisis mentales caminaba canturreando canciones populares españolas, renegó de casi todo salvo de el español que hubiera querido ser: «Hay países donde yo no habría podido fracasar un instante siquiera, por ejemplo, España...», «Uno tras otro, he adorado y execrado a numerosos pueblos, jamás se me ha ocurrido renegar del español que hubiera deseado ser», «Para algunos, entre los que me encuentro, separarse de España es separarse de sí mismos».

Recordemos esto no para ejercitar el patriotismo sino para reconocernos en nuestras obsesiones. Pensando con Cioran y hasta en cómo España fue el país donde primero tuvo cierto eco su obra, en su amor incondicional por España, parecemos comprender la especial ligazón espiritual de nuestro país con los pueblos eslavos y por qué en ambos casos, la identidad, el exceso de alma, y el problema constante del destino, persisten en nosotros como obsesiones inevitables también hoy.

Cioran persiste en la idea de que en España sobrevive «el pueblo llano», una suerte de sabiduría popular

Del país le atraía «el aspecto no europeo, esa especie de melancolía permanente»